

# 1

CUANDO EN VERANO SE TOMA LA ANTIGUA CARRETERA que sube de Rimini a Cesena, uno siente cómo el bosque de robles se convierte en un amable y sólido paraguas contra la canícula. Después de unos diez sinuosos kilómetros, cuando se llega a lo alto de la montaña, que la carretera recorta en espiral, se vislumbra ya el Castello Mardi. Sus tejados brillan al sol del mediodía y en su inclinación parece como si se sintieran culpables de romper la armonía del tranquilo paisaje que los rodea.

Quien prosiga hasta allí arriba tendrá la oportunidad de contemplar sus famosos frescos y de observar de cerca toda la

belleza del arte de un constructor del primer Renacimiento. Podrá también descender los doscientos trece peldaños que conducen a la mazmorra donde Enzo Strecci, el gran escritor renacentista, que en gran medida ha motivado mi visita al castillo Mardi, había pasado días de penuria en espera de la muerte.

Éramos tres. Dos chicas, yo y un maravilloso día de verano que se apreciaba en los rostros congestionados de los frailes encargados del mantenimiento del castillo y del jardín, y que dirigían nuestros pasos diciendo *a destra, a destra* hacia la parte turística del edificio. Por todas partes y hasta el lugar donde se vendían las entradas y se facilitaba la información importante sobre la historia del castillo, se dejaba sentir de vez en cuando un ligero soplo de aire, un olor a humedad que llegaba de las pequeñas ventanas enrejadas de la parte inferior del muro; también había una espada o un mangual y de vez en cuando subía una voz desde el subsuelo, como si Strecci en persona aún permaneciera allí proclamando su inocencia.

Lo primero que observé del fraile, con quien inesperadamente iba a estar hasta la noche, fue su pelo revuelto y con

abundantes rizos, que le colgaban como racimos de uva por toda la cara rechoncha. Nos esperaba con las entradas en la mano y una sonrisa afectada a modo de calurosa bienvenida. Nos ofreció una breve exposición sobre las curiosidades del castillo y después, de algo hay que vivir, dijo él, nos pidió cinco mil liras a cambio de hacer una visita por libre. Mientras guardaba el dinero en la caja, probablemente para dar por finalizado el incómodo silencio que se había abierto tras sus últimas palabras, el fraile preguntó amablemente a las chicas:

—*Da dove venite, ragazze?*

Marianna respondió Francia, Irena dijo lo mismo, y entonces se volvió hacia mí y me dijo:

—*E tu, bambino?*

—*Sono Bosniaco* —dije modesto, a lo que el fraile estalló en una carcajada y, mirándome directamente a los ojos, me soltó:

—*Bum, bum... Ja? Ja? Bosniaco, bum, bum...*

Me quedé frente a él completamente desconcertado, sin poder recurrir a una sola palabra en italiano con la que responderle. *Capisci, bum, bum...* seguía repitiendo invariable-

mente, pero esta vez sin gesticular con las manos ante mi mirada sorprendida, en espera de alguna reacción ante aquella broma tan evidente. Estábamos en el verano del noventa y cinco.

—Será mejor que entremos —dijeron las chicas, dispuestas a iniciar la visita.

—Este tipo está zumbado —les solté mientras miraba la mueca congelada en el rostro del fraile, a lo que él respondió, para nueva sorpresa, en croata:

—Quizá loco, pero al menos fuera de peligro. ¿Qué me dices a esto, *bosniaco*?

—Será mejor que les haga caso a las chicas.

Pero él me cogió de repente del brazo y cambió al mismo tiempo el tono de su voz. De nuevo era el amable fraile que vendía las entradas, quizá incluso un poco más familiar por la lengua que sólo nosotros dos compartíamos en aquella sala y probablemente en todos los alrededores.

—Sólo es una broma, *capisci*. Perdona si te he ofendido. Entiéndelo, hace demasiado tiempo que no veo a nadie de mi tierra. A nadie con quien pueda hablar.

Empecé a preguntarme qué edad podía tener. Después de

aquella alusión al tiempo como indicio de su edad, puso una mano sobre la mía el rato suficiente como para que me recordara un trozo de pergamino surcado por pequeñas venas apenas perceptibles. Fue entonces cuando me puse a observarlo atentamente. Más tarde supe que pasaba los sesenta y cinco años.

Durante unos instantes se hizo el silencio. Los dos escuchábamos cómo las chicas se admiraban ante las pinturas murales de la sala contigua.

—Soy un *esulo*\*. Algo parecido a ti —continuó sin dejarme hablar.

Intenté explicarle que tenía prisa. Entonces me soltó el brazo.

—No quiero que te enfades. Sólo era una broma. No merece la pena enfadarse. Estoy seguro de que te ha encantado lo bien que hablo croata. Tienes ante ti la prueba de que la lengua aprendida en la infancia no se olvida tan fácilmente.

---

\* *Esulo*: en italiano «exiliado». Se utilizaba en su tiempo para los italianos expulsados de Istria y Dalmacia después de la Segunda Guerra Mundial. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Este sentimiento no envejece, ¿entiendes? Sí, sí, nunca más terra nostra. Adiós. Nunca más, *mai piu*, este viejo país. *Bum, bum*, esto es lo que quería decirte. Adiós hasta la Liberación, como se solía decir. ¿No es así? ¿O acaso miento?

No esperó mi respuesta:

—Hace mucho, mucho tiempo que no me encontraba con alguien de allí. Perdona. Toma un cigarrillo. No quiero despedirme de un esclavo de esta manera, como ya me pasó una vez. ¿No estás enfadado, verdad?

Con la esperanza de liberarme de él, le dije que ni se me había pasado por la cabeza, que sólo estaba desagradablemente sorprendido, que no tenía ganas de hablar de eso, que estaba de vacaciones, que me acompañaban dos ángeles a los que no les gustaba esperar y que, por otra parte, había pagado una entrada, de modo que lo justo es que pudiera ver dónde había pasado sus últimos años el célebre Enzo Strecci. A eso el fraile sonrió con picardía.

—Enzo Strecci, sí, sí. ¡El gran Enzo! No me creerás si te digo que él es un poco como tú y yo. No te lo creerás, de verdad. Un poco como tú y yo.

Pronunció la última frase remarcando cada sílaba en tono

de complicidad y abriendo mucho los ojos como para subrayar esta nueva similitud.

—¿De verdad? —dije con interés, y el fraile se volvió a animar enseguida.

—Sí, de verdad. A veces pienso que si sigo aquí es únicamente por eso. Como si toda mi vida no sirviera más que para cumplir con la última voluntad de los demás. Algo que, como ya reconocen personas más aptas que yo, no es que sea demasiado grato. «Que no se olvide lo que me acaeció», dijo Enzo en algún lugar de su *Cancionero*, si no me equivoco.

Afirmé con la cabeza. El interés por Strecci nos podía unir claramente, se trataba de un rasgo común más fuerte. Cuando hoy escribo todo esto pienso que fue ése el preciso instante en que por última vez hice el gesto de marchar con la idea de reparar esa pequeña alteración en mi excursión al Renacimiento. Sin embargo, no fui demasiado lejos. Hoy me consuelo pensando que si, a fin de cuentas, esta historia ha sido posible, es gracias a haberme quedado toda la tarde con el fraile.

Apenas había dado yo unos cuantos pasos para reunirme con las chicas, cuando él me llamó y comenzó a hablar mien-

tras miraba hacia la ventana. Observé su espalda redonda y encorvada, y así comenzó todo, en el momento en el que estiró el brazo y dijo:

—Ven, mira, por ahí, sobre esa colina, es por donde llegó Enzo Strecci, el apuesto lombardo. Ven, ¿ves ese sendero...?  
—y ya no pude separarme de él.

## Capítulo Primero

DICEN QUE APARECIÓ POR ESE CAMINO una mañana de otoño, algunos meses después de que los Habsburgo hubieran conquistado Lombardía; era el año de 1535. El influyente mercader Strecci envió a su hijo a la región natal de su mujer, y así fue como Enzo se encontró esa mañana a la entrada del castillo, con una carta en la mano para Francesco Mardi. Su buen amigo Federico Strecci le pide en ella que, ante los desórdenes que han tenido lugar y para los que sobran las palabras, cuide de su hijo, quien cree, ponía en la carta, utilizará en este nuevo entorno su habilidad para componer versos, en la que el joven parecía destacarse en los últimos

meses, más para abreviar las tardes lluviosas y entretener a las damas de Mardi que para enojar al señor.

Así pues, mientras el joven de veinticinco años se acercaba a paso rápido hasta la puerta de bronce del castillo Mardi, seguramente ni los rudos guardianes ni la larga espera ante la puerta del dueño hubieran podido borrar la sonrisa de su cara. Pues se trataba de ese tipo de sonrisa que confiere la engañosa sensación de que el futuro al que así nos entregamos, sin pensar en los posibles peligros, borrará sencillamente el recuerdo de las recientes calamidades. Y para confirmar que esto era así, que las sensaciones no engañan, que la buena fortuna finalmente había acariciado sus cabellos castaños, el joven no tuvo que esperar mucho tiempo. Por la sala en la que esperaba ser recibido pasó ella, justo antes del mediodía.

Sí, si conoces la historia de Strecci no te será difícil reconocer en ella a la bella Catarina, la joven esposa de Mardi, que iba acompañada en ese momento de María, su doncella y buena amiga. Tan sólo podemos imaginarlo —y algo más de ello nos dice el informe del hermano Giovanni, el juez

de instrucción del obispado que investigará todo este futuro embrollo y que interrogará durante varias horas a la mencionada doncella, como veremos, sobre este desagradable asunto—, que Enzo se puso rápidamente de pie, que Catarina pasó a su lado sin darse la vuelta, que él acompañó sus pasos con la mirada hasta el momento en el que María, la pequeña víbora, se detuvo frente al apuesto joven para llamarle la atención.

—¿Pero es que el señor no tiene ojos? —dijo con voz de cordero.

Ante esas palabras Enzo giró la cabeza y, de tanta confusión que le embargaba, dejó escapar ingenuamente esta torpe respuesta:

—Disculpad, no me había percatado de vuestra presencia.

Sin responderle, ella siguió rápidamente a su señora y Enzo se hundió en un banco dejándose llevar por una ensoñación que a la postre resultó funesta.

Y eso es todo, nada más, incluso podríamos decir que nada de especial, una circunstancia fortuita y algunas palabras, por así decirlo, arrojadas al viento; pero lo quieras o no, es

así como comienza: es el germen del amor, tanto si lo crees como si no, que anida ahora en esos dos jóvenes corazones, mientras el tercero no presiente nada y el cuarto se dispone a hacer una buena obra. Y si aún piensas que las estrellas te son favorables, olvídale *fratello*, pues ya se mueven los hilos para que, tal como suele suceder, te engañe el pronóstico favorable de los astros.

Pronto el joven fue recibido por el canoso Mardi, quien generosamente le ofreció los aposentos del ala derecha del castillo, ordenó que calentaran agua para el viajero y le deseó unos felices días de descanso después de todas las complicaciones que había tenido la fortuna de poder esquivar. Para ello Mardi tenía un remedio, o eso es lo que pareció, cuando, golpeándole la espalda en un gesto acorde con sus palabras, le dijo:

—No te faltará de nada, hijo mío; aprecio demasiado a tu padre. Confío en que te despabilarás fácilmente y que pronto hallarás mejor suerte en tu tierra materna. Mientras tanto, querido Enzo, estaré encantado de compartir contigo lo que tengo.

Strecci le agradeció educadamente esta muestra de sincera simpatía y pensó, aún bajo el efecto de su encuentro con Catarina, que al viejo tan sólo había que darle la razón. Y todavía poniendo a prueba el destino, pues era joven y estaba convencido de que una buena broma la perdona hasta el mismo Dios, se dijo para sí mismo todo excitado: ¿Hay algo más natural que querer lo que quieren nuestros amigos? Y luego, llevado por su generosidad, por qué no, añadió a la oferta de Mardi: Si Dios quiere, y al guerrero no le abandona la suerte, a ella también la compartiremos, querido Mardi.



## 2

EN ESTE INSTANTE EN EL QUE JUSTO COMIENZA PARA TI, lector, la historia de Enzo Strecci, permíteme que me salte unas cuantas horas, que altere en mi narración el orden de los acontecimientos de esa tarde, y que me traslade a aquel momento en el que el sol era apenas perceptible por la ventana de la sala, para que mi narración llegue a buen término y para que otra historia se intercale con la que ya ha comenzado, pues las dos están presentes en mi recuerdo de manera inseparable y porque además esta manera de contar es quizá la mejor de todas.

Yo mismo, después de unas cuantas frases, me senté en la

silla, olvidé mi enfado inicial y por qué y con quién había venido aquí. Durante todo el tiempo que duró el relato sobre la suerte de Enzo Strecci, el fraile se levantaba, escenificaba, declamaba discursos, imitaba a los personajes, revelaba sus sueños y pensamientos, y exponía el contenido de las cartas y actas oficiales; era un verdadero narrador omnisciente, como lo demuestra la primera parte de la narración.

—¡Es como una novela! —exclamé en el momento en que acabó la historia de Enzo Strecci—. Se ve que sabe mucho sobre él.

—Como ya te he dicho, joven —respondió el fraile— a veces me parece que es la única razón por la que estoy aquí. De alguna manera y a pesar del tiempo y el espacio, Strecci y yo estamos ligados. Alguien dijo una vez que escuchamos las historias y leemos los libros sólo para saber que no estamos solos, y yo aún añadiría algo más: que todo ese afán con que nos dedicamos a coleccionar historias, a escuchar y a leer con perseverancia hasta la muerte, no habla de otra cosa más que de nuestra aspiración a superar el hecho de que ninguna de ellas volverá a repetirse. Las historias se rozan en algún

punto, quizá se entrecruzan o solapan, pero nunca son idénticas. Joven, la vida y la literatura nada tienen que ver con la heráldica, ¿sabes? En la esquina superior derecha de un blasón encontramos el mismo blasón, en este mismo pequeño blasón, en su esquina superior derecha, está de nuevo el mismo blasón, más pequeño aún, y así hasta el infinito. Esto jamás funciona. Lo único que queda es el entrelazamiento. El encuentro de los destinos. Creo que cada historia tiene su historia paralela, aunque sea contraria; simplemente hay que saber reconocerla.

El fraile asentía con la cabeza como enfatizando sus palabras.

—Además de conocer bien la historia de Enzo Strecci domina usted bastante el croata —continué alabándole, todavía fascinado por su relato.

—¡Pero si soy de la isla de Rab! —me desveló—. Que yo sepa, allí se habla bien el croata —y se echó a reír ante su propia broma.

—¿Cuándo se fue de allí? ¿Y por qué?

—En el verano de 1948, hace casi cincuenta años. Eran tiempos difíciles, ésa es la razón.

—Era más o menos la época de la Resolución del Komintern\* —añadí interesado.

—Exactamente, joven.

El fraile se levantó de la silla y se acercó lentamente hasta la ventana.

—¿Fue por eso? —continué curioso, sin saber que su respuesta introduciría una nueva historia, esta vez la suya, en la que las variaciones no están permitidas y el humor no tiene cabida.

Afuera el bosque ya engullía el sol, pero el bochorno no desaparecía con él. El fraile se dio la vuelta, se sentó otra vez, suspiró y comenzó a hablar como cuando se habla de algo importante, despacio y escogiendo las palabras, con la esperanza de ser comprendido. Su historia avanzaba mientras el

---

\* Resolución adoptada el 28 de junio de 1948 por el Komintern, bajo la dirección de Stalin y votada por el conjunto de partidos comunistas a instancias del Partido Comunista de Italia, que excluyó a la Yugoslavia de Tito del bloque de los países comunistas.

cielo se tornaba cada vez más oscuro hasta convertirse en un manto de brillantes estrellas.

—En parte también ésta es la razón. Hacía un calor inimaginable a principios de ese verano de 1948, algo parecido al de éste. Regresaba en barco desde Trieste pocos días después de que se aprobase la Resolución. Era difícil decir dónde se estaba peor, si en cubierta, mojando la cabeza con el agua del mar, o en el interior, donde no se podía ni respirar. Como sabes, era a principios de julio. Así pues, regresaba yo de Trieste, adonde había ido unos días antes con la idea de quedarme en Italia. Fue mi padre quien me insistió en que fuera allí y durante dos o tres días intenté obtener los papeles necesarios en la oficina de refugiados. Debo decir que aquel año tan caluroso de 1948 no quedaban en Rab más que algunas familias italianas y estaba claro, tal como se pusieron las cosas entonces, que iban a ser cada vez menos. Entre ellos mi padre se enorgullecía de su tenacidad y resistencia y repetía que no había fuerza que le echara de la tierra por la que había luchado. Los habitantes del lugar, que hasta hacía poco se habían mostrado sencillos y solidarios, al menos con mi familia, ahora nos lanzaban piedras a las ventanas, evitaban saludarnos o darnos

la mano, en ocasiones incluso nos insultaban a nuestras espaldas, pero ese año lo vivimos como una ineficaz y suave forma de asustarnos para forzar nuestra partida. Después de que expulsaran a mi padre del Partido, en mayo de 1946, acusado de haber ayudado a unos familiares que resultaron tener hijos camisas negras, la policía era un invitado frecuente en nuestra casa. Fue un golpe muy duro para mi padre ser traicionados por los camaradas con los que hasta ayer mismo había compartido los males de la guerra y la posguerra, cuando hacía falta reconstruir el país, como se decía, sobre nuevos cimientos. Se justificaba en vano frente a las autoridades, solicitaba su rehabilitación, hasta el día en que lo encontramos tendido en la veranda. Le había fallado el corazón.

En el momento en que mi barco se aproximaba a Rab, él yacía casi inmóvil en la prisión de un convento benedictino, quizá sólo algo más tranquilo por la idea, equivocada de que al menos yo estaba en un lugar seguro. Pero he aquí como sucedió todo esto.

Después de que el ataque al corazón le abatiera, cuidó de él la vieja Ivanka, que pertenecía a la familia desde hacía

tiempo y que había sido para mí como una segunda madre. De hecho, mi madre murió en 1940, víctima de una pulmonía fulminante.

Tras haber sido expulsado del Partido mi padre no recibió mayor castigo, debido a su fuerte lealtad al comunismo y su especial aportación, como se solía decir entonces, a la Resistencia en aquella región. O me equivoco, y quizá la falta de dureza de las autoridades hacia él, que consistió en condenarle al aislamiento, simplemente se debió a que alguien —ése era el tipo de ley en aquellos tiempos— dijo alguna palabra en su favor, del mismo modo que, probablemente, una palabra desfavorable supuso en su caso una condena.

Precisamente por las convicciones de mi padre y su rápida decisión de apuntarse a la resistencia popular, pasé mi juventud escondido en las casas de los partisanos de nuestra isla. Y aquí está la respuesta a tu pregunta: por eso hablo croata tan bien después de tantos años.

El final de la guerra cambió nuestra situación sólo por poco tiempo. La diferencia consistió en el hecho de que a partir de entonces, en lugar de escondernos en las casas de los demás, nos escondíamos en la nuestra.

Después de su ataque al corazón, mi padre sentía pánico por mi destino y la noticia del conflicto con los rusos no hizo más que acrecentar su miedo. Desde que quedó postrado en la cama acostumbraba a quejarse con frecuencia de que nuestra vida aquí ya no era vida y que ellos irían a buscar los chivos expiatorios entre los nuestros. Mi padre se refería a los italianos y afirmaba que luego los buscarían en sus propias filas. A esto añadía amargamente que aquí habían metido realmente la pata, que la historia se había acabado y que el comunismo internacional debía buscar otro lugar para demostrar que era posible. Aún así, hasta la noche en que se conoció la Resolución, no había fijado aún el día de mi partida. Hoy pienso que mi presencia le ahuyentaba los pensamientos sombríos que se suelen acumular en la cabeza de uno en tal situación y que aceleran la hora de la muerte. Yo le tranquilizaba todo lo que podía; junto con la vieja Ivanka, cerraba los postigos de las ventanas y corría las cortinas. Procuraba que nada le molestara y rezaba por su salvación a escondidas en la cocina.

Además, dado su estado, no podía dejarle ver cómo se instalaban en su propia casa las fuerzas reaccionarias.

¿Por qué no le hice caso y obtuve mis papeles en Trieste?  
¿Por qué entonces no obedecí a mi padre moribundo? ¿Aca-  
so pensaba que podría sobrevivir? ¿Cómo es que la partida  
de mis familiares y conocidos no me había inducido a mí  
también a seguir sus pasos? ¿Por qué quería quedarme en  
una ciudad que cada vez era menos mía, en la que cada vez  
eran menos aquéllos que querían verme? Supongo que son  
preguntas que se te pasan por la cabeza. Todas ellas tienen  
una sola respuesta. Pero retomemos el orden. Expliquemos  
cómo eran las cosas de verdad. No olvidemos los detalles.  
Describamos las trampas del destino.



## Capítulo Segundo

COMO SI EL MISMÍSIMO DIABLO HUBIESE PREPARADO a la dama para aquella comida que parecía tan habitual, en el momento en que hizo acto de presencia en el comedor de Mardi, Enzo Strecci renunció a todas las consideraciones y escrúpulos que en ocasiones atormentaban su conciencia mientras se relajaba tomando un baño caliente. Pero por otro lado, si él no hubiera tenido una sonrisa tan seductora y tan buena planta, posiblemente la señora de la casa no se hubiera atrevido a perturbar la paz de su aburrimiento. Con coquetería, dijo ella:

—¡Así, sois vos, ese lombardo! Es un placer teneros como

invitado. Bien visto, entiendo perfectamente que mi doncella se ruborizara.

Enzo tembló al ver la imagen de la que llegaban esas palabras; después, decepcionado y un poco molesto, pensó: ¿Me toma por un mocoso? ¿Qué doncella, por Dios? Mi costumbre es verme con el dueño cuando llego a una casa que no es la mía. Esta sentencia le hizo reír de buena gana para sus adentros, le devolvió la sangre a las mejillas y, arqueando una ceja, respondió con valentía al primer anzuelo:

—Si las doncellas pueden competir con sus señoras, entonces este pueblo es digno de admiración.

En un primer momento a Catarina el joven le pareció bastante grosero aunque también agradable en gran medida y, tras unos instantes de indecisión, fue la primera simpatía la que ganó. Mardi se rió con fuerza y añadió, como si el dedo del mismo Dios dirigiera sus palabras:

—Tal como han comenzado las cosas, querido Enzo, ya estoy viendo que aquí encontraréis una mujer.

Con la mirada fija en María, Mardi confirmó con estas palabras que es posible ir ciego por el camino de la verdad teniendo los ojos completamente sanos. La doncella hundió

la cabeza en las manos y pensó ingenuamente tras esa frágil barrera: ojalá vuestras palabras, señor, lleguen a los oídos pertinentes. Si por casualidad Enzo hubiera sabido que la felicidad burlada toma fácilmente la espada, no hubiera acabado donde acabó, sino que habría entendido la ceguera de Mardi y se habría casado con la doncella, que, después de todo, no era tan mal partido.

Quiso Dios que esa misma noche llegara un mensajero del obispo y Mardi ordenara preparar los caballos. Al cabo de unas horas ya le habían recibido en el obispado en Rimini y el obispo le hizo la siguiente confidencia: todo el país es un hervidero de espías y confidentes de los Habsburgo, la información se filtra por todas partes, cualquiera puede ser culpable y, además de reforzar el sistema de defensa exterior, hay que intensificar el control interno.

Durante el tiempo que pasó maldiciéndose a sí mismo y a su noble linaje por haberle dejado en herencia ese tipo de obligaciones, en su propia casa tenían lugar escenas mucho menos desagradables. Apenas desapareció la figura de Francesco Mardi, en su gran morada pareció soplar un viento de libertad. Catarina, como de costumbre, ordenó a los guar-

dianes izar la bandera de los Mardi en lo alto del torreón con la finalidad, decía ella, de hacer saber a los vasallos que el amo estaba ausente del castillo, pero que su mano benévola, simbolizada por las garras de un lince rampante, continuaba velando por su destino. Debía doblarse la guardia, tal como había establecido con astucia, y tan pronto como divisaran el regreso del amado señor, debían hacer sonar todas las trompetas disponibles, ya fuera de día o de noche. Mardi había intentado disuadir a Catarina al menos en lo referente a que no se tocaran las trompetas de noche —pues la gente, querida mía, no tiene culpa de nada—, pero ella se mantuvo firme en su intención y afirmó además que su amor era más profundo que su sueño (esta afirmación, como puedes imaginar, pertenece a la antología de la trivialidad) y que, pasara lo que pasara, quería esperar despierta a su único esposo, etc. etc.

Y en esta ocasión, como en todas las ocasiones en las que las inaplazables cuestiones políticas le robaban su compañía durante la cena, Catarina se entregó con ganas al sentimiento de haber sido abandonada. Convencida por María, en una de esas noches autorizó a los sirvientes a venir a entretenerla a la mesa principal, pero eso fue mucho antes de que el joven

lombardo apareciera en su horizonte. En la época en que Enzo llegó, esta situación tenía visos de haberse convertido en una costumbre bien establecida, algo evidente por la agitación con la que se corría por los pasillos, por los atuendos poco habituales de los sirvientes y por las frecuentes conversaciones sobre el estado de la voz de Umberto y de su compañero de cuerda, pues se aguardaba con expectación que el mozo de cuadra de Mardi, si es que se encontraba bien, rasgara sin parar su instrumento, para satisfacción y deleite de todos.

Fueron estos gritos, clamores y murmullos los que despertaron a Enzo de su siesta. Apenas se había levantado cuando en su habitación irrumpió el pequeño Beppo y le transmitió la invitación de la señora para que bajara a cenar cuanto antes. Después de haberle dado el mensaje, Beppo se apresuró a reunirse con el círculo de criados y una parte de los burgueses, lo que, estarás de acuerdo, es poco usual incluso hoy en día, pero en la puerta le retuvo Enzo y le preguntó:

—Escucha, pequeño, ¿esto es habitual en vuestra casa?

—No, señor Strecci, sólo cuando no está el vie..., perdonad, el señor Mardi —respondió con una ingenuidad que

le valió una bofetada, pero hay que decirlo, también una moneda de plata, de lo que Beppo concluyó que se trataba realmente de un hombre poco corriente.

Cuando Enzo entró en el comedor, el grupo ya había devorado todo lo que había para devorar y Umberto ya había entonado la canción de la granjera y el vaquero y aquélla del viejo señor y la joven criada. El grupo saludó al recién llegado con una reverencia y Umberto se apresuró a terminar la canción y por ello se equivocó al cantar los últimos versos, aquéllos en los que el sacerdote dice para concluir a la prostituta: «Por ello recibe dentro de ti, alma pecaminosa, mi trompeta de Jericó toda jocosa...».

Todos se giraron hacia Enzo y después de que Catarina le presentara como un distinguido huésped, el grupo le expresó una aún más cordial muestra de bienvenida.

—Se divierte aquí uno muy bien, a fe mía, como en mi casa en Milán —comenzó Enzo, pero en ese momento alguien sin sentido de la oportunidad le interrumpió y gritó sin que le hicieran caso: ¡Viva Milán! Enzo, sin tener en cuenta la euforia de este alegre barbián, continuó en tono solemne:

—En la casa de mis padres me crié con los sirvientes, por lo que me siento muy feliz de ver lo mismo aquí. Dichosos los criados a los pies de la que merece ser adorada. —Esas palabras Strecci las acompañó con una gentil mirada dirigida a Catarina, lo que provocó suspiros entre algunas de las ingenuas muchachas de la cocina y luego estalló un aplauso. Ay, si hubiera sabido, como no lo sabía, que este gesto se había fijado en el corazón de María como una mala hierba cuyos pinchos destacaban de entre todos los frutos sublimes de ese jardín florido a causa de nuestro Enzo, atractivo hasta la locura.

—Pásenme ese instrumento —pidió el joven entre olas de admiración y en sus manos el laúd, instrumento noble en sí mismo, se convirtió en un medio mágico con el que se inicia la infidelidad, el adulterio, el engaño, el crimen y todo aquello que a Dios no le place.

La dama a la que cantaba esa noche Enzo tenía en lugar de dos ojos dos soles, en lugar de cabellos los rayos de este astro que nos da la vida, igual que nuestra Catarina, el cutis más pálido que el color de la leche, igual que Catarina, y dos palomos bajo su vestido y unos andares adorables, curiosamen-

te como Catarina; resumiendo, era ella un regalo de Dios, lo que no era Catarina, pues un regalo de Dios no puede salir de las manos del diablo, como sucedía con su belleza, pues no puede ser que por un regalo de Dios el hombre tenga ganas de gritar, como nuestro Enzo, y nosotros con él: «Quiero su cuerpo, aunque sea lo último que haga».

Los últimos versos de esta bella canción fueron seguidos por otro aplauso y luego, con tacto, Enzo se excusó para retirarse de la velada y puedo decirte que la admiración que siguió a su salida no le pasó inadvertida a Catarina.

### 3

SI MI PADRE ME HUBIERA ORDENADO MARCHAR tan claramente como lo hizo, ya agotado por la enfermedad, aquella noche después de que la radio informara sobre la Resolución, si me hubiera ordenado lo mismo quince días antes de que me encontrara camino a Trieste, créeme, lo hubiera aceptado sin pensarlo dos veces. Lo cierto es que para un joven italiano de dieciocho años de la familia de un miembro expulsado del Partido y partisano apartado del poder, ya no había lugar en la nueva Yugoslavia. Quizá para algunos, que en la guerra consiguieron mantenerse al margen, bajar la cabeza durante algún tiempo les permitió una mejor vida para el día de

mañana, pero de alguna manera me pareció que, a partir del día en que el régimen traicionó a mi padre, el futuro se había convertido para nosotros en una cuestión de terquedad, una terquedad que en esa época comenzó a apagarse lentamente allí arriba en su habitación. Además, quince días antes de la Resolución quería estar junto a algunos familiares y amigos que habían dejado Rab y estaban entonces instalados en los campos de refugiados para *esuli* del norte de Italia.

Decidió hacerlo cuando ya era tarde. Su terquedad y su fuerte deseo de supervivencia hicieron posible que la viera.

Era mediados de junio y nuestro jardín, pegado a la calle, rebosaba de colores. Si uno se encontraba allí más o menos a la hora en que el sol comienza a descender dejando paso a la noche llena de suave brisa que anuncian el cielo de verano y el coro de grillos, podía ver la sombra de la casa proyectada sobre todo el jardín, que parecía, comparado con los alrededores, cubierto por una oscura sábana. Se daba entonces uno cuenta de que nuestra casa era una de las más grandes del pueblo, que se veía desde casi cualquier rincón de Rab y que desde ella se podían ver por un lado los pequeños barcos

en la cala de Santa Fumia y por otro las tranquilas aguas del puerto.

Todavía no había llegado esa hora del día cuando ella se detuvo con unas amigas junto a la valla y comenzó a coger moras aún rojas y ácidas. Ni hubiera reparado en que pasaba algo si una de ellas no hubiera dicho en tono de conspiración: «Cuidado, son moras fascistas». Esto no me molestó demasiado, sólo me preocupaba que mi padre estuviera durmiendo. Fui a comprobarlo y entonces escuché a otra hacer una declaración de una incorrección política del todo reprochable: «A mí me gustan, por muy fascistas que sean». A esas palabras la primera respondió que nuestra histórica y decisiva época no toleraría algo así, pero yo no sabía a qué se refería con su respuesta, si a nosotros o a las moras. «Entonces ve a denunciarme si te atreves», dijo la voz insolente. Esas palabras despertaron del todo mi curiosidad; los hilos del destino se habían movido para no desenredarse nunca más.

Después de asegurarme de que en efecto mi padre estaba dormido, salí al balcón y allí mi presencia no pasó inadvertida.

—Muerte al fascismo, camarada Niccolò —fue la primera en dirigirse a mí con el saludo de rigor, ahora obviamente menos combativa, y en ella reconocí a Andja que, además de ser rubia y muy guapa, estaba al frente de las Juventudes comunistas de Rab. Y por lo que decían parecía que le iba bien.

—Libertad para el pueblo, Andja. ¿Qué pasa? ¿No te gustan mis moras?

Ella bajó la cabeza, se ruborizó un poco y dijo:

—Niccolò, no quería decir eso. Ya sabes lo que se cuenta.

—Entonces sí que son buenas —dije yo para bromear y Andja comenzó a reír tanto que no quedó casi nada de la líder de las Juventudes de un instante antes y me complació ver que mi pequeño cortejo había dado algún fruto en detrimento del deber. Pero en ese momento se hizo oír la rebelde:

—Son buenas, son buenas, aunque sean fascistas.

Me sacó la lengua y comenzó a bajar la calle lentamente y eso para Andja fue una señal que la hizo ponerse seria nuevamente. Decidí enterarme de quién era esa chica antes de que la propia Andja se apresurara a seguir a sus amigas.

—Andja, ¿quién es ésa?

—Hace algunos días que llegó de Šibenik. Se llama Petra. Su padre es el nuevo comandante de la policía —consiguió desvelarme.

Y así empezó todo. Una divertida anécdota sin importancia alguna que se olvida fácilmente, podríamos decir. Y ya ves, fue en esa roca donde construí mi propio destino, como ya he dicho, imposible de desenredar.



## Capítulo Tercero

¡QUÉ NO ESCONDERÁN LOS BOSQUES DE LA ROMAÑA, qué de animales salvajes y qué de placeres! Mardi volvió a casa pasada la medianoche, con una cara que por sí sola parecía indicar que la política es un duro hueso de roer. Como una fiel esposa, nada más entrar, Catarina le dijo: yo también soy una mujer dura de pelar. Francesco pensó entender de qué se trataba y mandó preparar los caballos para la mañana temprano, esta vez para ir a cazar. Hay que decir que las palabras del obispo no le habían dejado dormir.

Enzo comenzó ese día maldiciendo, cuando justo antes

de romper el alba, penetrante como una aguja, llegó a su conciencia el cuerno de Umberto. Se asomó a la ventana y vio a Mardi, que le pareció que estaba pensativo o preocupado, mientras ondeaba su estandarte, que después colocó en el extremo de su aljaba. Fue Catarina quien respondió a la pregunta «¿Adónde van mis amigos a esta hora de la noche?», que hizo Enzo con aquel poco de buen humor que le quedaba en su aturdida conciencia.

—Señor Strecci —dijo ella— el sol ya casi despunta. Es la mejor hora si queréis ver más de cerca nuestros bosques.

Después de estas palabras, de las que uno no sabría qué pensar, la preciosa Catarina cabalgó arrastrando tras de sí a duras penas al pensativo Mardi y a veinte criados todavía no aseados de la fiesta de la noche anterior.

Enzo los alcanzó junto al riachuelo que cortaba aquel precioso bosquecillo donde el grupo, animado por el frescor de la mañana y la tensión de la caza, pensaba en cómo cercar una familia de liebres. Lo primero que divisó entre la multitud fue el corcel de María, que la joven dirigió en su dirección, llena de esa extraña esperanza que, aunque la razón aconseja prudencia, convierte el amor en algo muy dramático y a menudo trá-

gico. Enzo pudo observar que un suspiro se escondía tras cada palabra que le dirigía de manera apresurada, la suma de los cuales contenía las indicaciones del plan que iban a seguir para el estofado de liebre que la propia señora Mardi elaboraría. No se podía contar con el apoyo del amo para el juego preferido de su esposa, pues era evidente a simple vista que el señor Mardi estaba completamente ausente, con la mente absorbida, hay que decir la verdad, en sus preocupaciones. María acompañó la última frase con una sonrisa a la que Enzo respondió amablemente pero sin demasiado entusiasmo. María pensó breve, clara y correctamente, pero apoyándose por desgracia en un mal propósito, el de que hay que luchar por el amor, se cogió con fuerza a la cola del caballo de Enzo, que le fue cedida con gusto mientras éste se abría camino hacia Catarina.

—Querido Enzo, sólo faltábais vos para echar una mano en la estrategia de mi mujer —exclamó el desafortunado Mardi.

—Por supuesto, con todas mis fuerzas y sin vacilar —dijo ella en aquel tono que él ya conocía y que acompañó con aquel gesto de la mano tan irresistible, como un gracioso añadido a lo ya dicho y ante el que uno tenía ganas de con-

fesarse en ese mismo instante para liberar su alma y, si era preciso, enviarlo todo al diablo.

—Mi segundo nombre es Leo —contestó Enzo con picardía y, estarás de acuerdo, de forma poco original.

—Entonces, ¡seguidme! —ordenó Catarina y los criados salieron corriendo, algunos a caballo, otros tras los perros, otros a pie. Armaron tal alboroto que resonaba en todo el bosque y dejaron atrás al viejo Mardi, que decidió descansar su alma bajo un árbol cercano.

El sol acababa de levantarse por encima del bosque. Catarina voló, Enzo picó fuertemente las espuelas de su caballo y María tampoco se quedó atrás. Que Catarina volaba como una flecha incluso ahí donde casi se tocaban las ramas de los árboles centenarios lo sabía bien el viejo rocín de Enzo, al que su dueño no daba respiro, y más aún María, que no quería darle la oportunidad de escaparse, pues esta situación desagradable —repito: Catarina volaba como una flecha en dirección desconocida— decía claramente a la joven que el plan premeditado en gran parte ya se había desmoronado y que había entrado en vigor otro nuevo que si bien ella aún comprendía, sí presentía demasiado bien en esta loca carrera.

Catarina giró de repente y desapareció tras un pinar, Enzo consiguió mantener el ritmo, pero María se detuvo en el lugar donde sus caballos habían dejado una profunda huella, comenzó a sollozar en silencio y apareció por primera vez en ella, sin ser del todo consciente, el odio hacia su benefactora, un sentimiento poco sano para un alma joven.

Mientras tanto, Enzo se había quedado algo rezagado. Siguiendo el rastro de las herraduras y las pequeñas ramas rotas, al cabo de unos minutos vio cómo el caballo de Catarina bebía tranquilamente en un manantial. Al acercarse al agua la vio lavarse el cuello y la cara. En ese momento pensó en cosas que gustosamente sacrificaría por aquella mujer, pero ella se volvió muy rápidamente e interrumpió sus pensamientos. Enzo observó que ella disimulaba su sorpresa en el momento en que dijo:

—Oh, gracias a Dios que sois vos... ¿Por qué me miráis de forma tan extraña?

—Me pareció que estábais asustada.

—Creedme, señor Enzo, el miedo aquí estaría completamente justificado. Este bosque está lleno de bandoleros de toda clase y desde hace poco, como me desveló mi marido

anoche, también de espías de los Habsburgo. No me gustaría verlos allí donde estáis vos.

—Os juro por Dios que para mí tampoco sería lo más grato verlos a ellos en lugar de a vos —respondió Enzo y se reprochó a sí mismo no haber encontrado una respuesta más inteligente.

—Se me han escapado todas las liebres, ya lo habéis visto. ¿Qué puedo hacer ahora? —dijo afligida.

—Permitíos un descanso. Después de esa carrera...

—¿Será que estáis vos cansado, Enzo? Venid aquí, refrescaos un poco. ¿No os habéis dado cuenta de que hemos perdido a María?

¿Qué importa María ahora?, pensó Enzo mientras se le aproximaba.

—No, de verdad que no. Vos, Catarina, me habéis llevado demasiado lejos.

Y antes de haber acabado la frase encontró su mano. Ella se sobresaltó como un gato, con la mirada ofendida, pero Enzo se percató de que ella mantenía su mano en la suya más tiempo de lo admisible. Dio un paso atrás y, con la cabeza baja, se excusó:

—Disculpadme, Catarina. No sé qué me pasa. Será que esta carrera me ha quitado la cordura.

Aunque las palabras pronunciadas tras el encuentro de sus manos no fueron más que, como diríamos hoy en día, pura cortesía, Catarina se asustó un poco y le respondió suavemente, tanto como le fue posible en una situación de esta naturaleza, completamente espantada por la idea de que el fuerte latir de su corazón la traicionara:

—No os preocupéis, Enzo. Habrá sido eso. El aire de la mañana os habrá embriagado.

Ella montó ágil el caballo y justo en el momento en que estaba a punto de salir al galope hacia los criados que ya se acercaban, añadió:

—Me parece que aquella jovencita os ama. Deberíais andar con cuidado.

Catarina se fue cabalgando con los criados y Enzo se dirigió al trote hacia el árbol bajo el cual estaba durmiendo el viejo Mardi. Por todos los alrededores se escuchaban las voces de los animados cazadores y algún que otro grito de júbilo, aunque el resultado de la caza de la señora, como de

costumbre, difícilmente contentaba el apetito de dos personas adultas y además sanas. Pero ésta no era la razón por la que habían salido a cazar, lo que se perseguía aquí era algo que se escondía tras el buen humor de la señora Mardi. Sin embargo, esta vez ni el amor ni el entusiasmo de los criados podían ahuyentar un cierto ensimismamiento y falta de interés de la esposa de Mardi. Estaba claro que ella anhelaba el final del juego que había empezado.

Mientras que los mozos de cuadra guardaban la liebre en el saco, lo que supuso para los otros un momento de descanso, María dirigió a Catarina palabras llenas de amargura que hervían en ella como agua salvaje y cuya importancia pasó inadvertida por el enamoramiento que ya anidaba en la señora Mardi.

—Se diría, señora, que tenáis mucha prisa. Vos y el lombardo.

Catarina hizo un gesto con la mano con desgana para rechazar todo el veneno que le había llegado y con sinceridad dijo a media voz:

—Estoy cansada, María. Vamos a reunirnos con el señor.

Mientras tanto Enzo había regresado al lugar en el que había comenzado aquella carrera, se sentó junto a Mardi y abrió su petaca. Mardi se sobresaltó al sentir el fuerte olor a aguardiente y, somnoliento como estaba, aceptó con ganas un trago.

—Espero que esto me devuelva las fuerzas, querido Enzo. Estoy destrozado. Y ella, válgame Dios, como si viviera en otro mundo. ¿Cómo hacerle comprender a esta mujer que la patria está en peligro? —explicó aduciendo la dificultad de la tarea que debía cumplir sin esconder el orgullo que le aportaba—. Soy demasiado bueno, por eso estoy así. Sabe que sería capaz de matar por ella —continuó sentimental, con la mirada enamorada puesta en la nube de polvo y el oído atento al ir y venir de los caballos que retumbaba en el bosque.

—Esperemos que eso no suceda —susurró Enzo a modo de consolación para ambos.

—Ya, pero nunca se sabe. Pero dejemos esto ahora. Debemos tener cuidado con los Habsburgo. Hoy anunciaré a mis vasallos que se introducen medidas de excepción.

—¿Corremos peligro? ¿Qué podemos hacer?

—Ha llegado a tal punto que en Rimini las madres salen a buscar a los niños a las cinco.

—¿A las cinco? —repitió Enzo visiblemente preocupado y enfatizando cada sílaba—. Refuerce la guardia, señor.

—Ya lo he hecho —dijo Mardi con clara satisfacción en su voz—. No existe aquel que ponga en peligro mi hogar, joven.

—¿Y quién osaría? —concluyó la conversación Enzo y, dando un trago al aguardiente, de nuevo se dio cuenta de toda la bondad de aquel hombre, resultado de la seguridad y el amor propio, y se sintió extrañamente protegido, aunque al mismo tiempo la breve charla con Mardi le introdujo un soplo de miedo en el alma: Oh, ¿cómo ir contra uno mismo?

Poco después se dirigieron hacia el castillo y, tras comprender que dos alforjas eran suficientes, ordenaron adelantarse al pequeño Beppo para que la caza llegara rápidamente a la cocina. Beppo llevaba al castillo algunos faisanes, liebres y jabatos a fin de que esperaran en la mesa la llegada de los señores, su huésped y la susodicha doncella. El grupo se

arrastraba cansado, el sol ya estaba en su cenit y el esfuerzo por diferentes causas se apreciaba en los rostros de la partida de caza de Catarina. Por delante de Enzo iban al trote los Mardi, de manera que pudo oír a Francesco, cuando al darse cuenta de la palidez de ella, la reprendió:

—Querida, te lo había dicho. La caza es un juego de hombres. ¿Quién ha visto a una dama desempeñando semejante quehacer? Esto no es para ti, no hagas cosas que puedan perjudicarte. Esta tozudez no conduce a nada, querida... Bla, bla, bla.

Y así sucesivamente. Qué aburrido puede llegar a ser este viejo decrepito, pensaron casi al unísono en ese grupo dos mentes traicioneras.